



IMAGEN GENERADA CON DEEPAI.ORG

La Muerte, un Secreto de Dios

LUIS URGILÉS

65

No hay muerto en vida

Entonces comprendí que también los mortales sabemos cuándo vamos a morir, aunque para María Etelvina, como siempre ella solía decirnos, la muerte solo era un secreto de Dios.

El cirujano vestido de dios, o dios vestido de cirujano, nos llamó a todos y dijo: Hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance.

Ella, que había compartido su vida en el Hogar por más de treinta años, estaba sentenciada a su final.

—¿Y qué tiempo le queda? —le preguntamos.

—Un mes, más o menos —nos respondió de manera indiferente.

No le creímos porque estábamos seguros que solo Dios sabe el tiempo exacto que nos queda de vida. Lloramos de desconsuelo y de indignación, teníamos la esperanza de que no fuese así, pues no hay muerto en vida, y ella estaba con ganas de seguir viviendo.

Cuando abrió los ojos, después de la operación, nos dijo que había soñado con el Hogar, que todas las muchachas estaban hermosas y felices: Nancy González tenía dos hermosas criaturas, Camila Quintero había recobrado la razón, Estela Ramírez había regresado a vivir en el Hogar, y que las cuidadoras ya les ponían presas en la sopa; Rosita Buenaño estaba separada de su marido; nos habló también de las mellizas Graciela y Paola, y de todas las que había conocido y tratado como si fueran sus propias hijas.

Y ese fue el último sueño de María Etelvina con el Hogar. Al final, el doctor acertó con su pronóstico divino.

Nancy González

Llegó acompañada de una tía que llevaba una funda de plástico con algunas cosas necesarias para su estadía, mientras la negrita Camila, que terminó sus días en el manicomio, feliz con su nuevo amigo, la miró de frente y se fijó en aquella muchacha que cruzaba el portón del Hogar, tan delgada, casi hueso y pellejo, con un vestido demasiado flojo para su talla, mirando hacia todos los lados, como un colibrí asustado.

Sin embargo, Nancy era bonita. Tenía la nariz fina y el mentón delicado, los labios suaves y rosados como la de una miss universo.

—¿Y desde hace qué tiempo vives aquí? —interrogó Nancy, con un poco de temor ante el semblante rígido de Camila.

—Uh, ya ni me acuerdo —le contestó Camila, mientras preparaba la cama para dormir—. Creo que nací aquí. Eres muy linda —le dijo y le tocó la cara. Nancy retrocedió un poco asustada y Camila sonrió.

—¿Crees que soy rara? —le dijo Camila con un tono de amenazante ironía.

Nancy no le contestó, porque a esas alturas de su vida, creía en pocas

razones: ¿En su padre que la había abandonado al darse cuenta que su mujer lo engañaba? ¿En su madre que prefirió a su amante? Tampoco podría creer en su tío, donde fue abandonada, y que había intentado abusarla; entonces, su tía prefirió llevarla al Hogar, por considerarla un peligro latente para su familia.

—Yo no creo en nada —le contestó.

—¿Ni en diosito?—preguntó Camila sonriendo maliciosamente.

Y antes de responder prefirió irse a dormir en una de las literas que las cuidadoras le habían asignado.

Buscando alguna pista de su existencia

Hace mucho tiempo que no vengo por este lugar, simplemente, ya no hay motivos, solo capítulos sueltos de muchas historias comunes, amores juveniles, esperanzas diluidas en un abrir y cerrar de ojos, es decir, la vida misma en el Hogar.

El cerramiento de este lugar es grande y pintado con cemento blanco, el portón de hierro de color negro antioxidante, lleno de graffitis: Te amo, me falta poco para escribirlo en el cielo... te espero allá en el cielo corazón... y otros garabatos que no se entienden. La extensión de este lugar abarca dos manzanas. Adentro hay muchos árboles de mango y grosella, cuatro matas de coco, algunos árboles pequeños de acacia y monte por todos lados.

Ahora, solo miro desde lejos, de pasada, y siento como si alguien me hiciera de la mano, mientras voy en un bus cuya música pegajosa, “déjame vivir mi vida...”, se mezcla con imágenes yuxtapuestas de felicidades recogidas en algunos instantes por la memoria. O, a veces, cuando voy en taxi, le digo al chofer que gire por esa manzana, quiero ver si encuentro a alguien. El chofer me tiene lástima y decide ayudarme, da vuelta alrededor del Hogar; entonces puedo medir en toda su extensión, no solo el cerramiento, sino también la nostalgia de los que no aparecen, de los que ahora están ausentes.

—¿Por qué no baja y la busca? —me propone el conductor.

—Puede ser una buena idea —le digo, aun sabiendo la imposibilidad de los resultados, tratando de mantener una actitud normal.

—Es una buena idea —me asegura y se detiene frente al portón de hierro.

Bajo y me arrimo a la entrada, toco el timbre, golpeo la puerta, mientras el taxi desaparece por la vía Perimetral. En ese momento se escuchan ruidos adentro, se acercan, siento pisadas, el murmullo de algunos seres; al fondo, el ladrido de algún perro vulgar, presiento que están más cerca de la puerta, entonces pego mi escapada y desde lejos hecho un vistazo al lugar que nunca debí regresar: El Hogar de Cristo.

Todas se han ido de este lugar

La sala y el comedor se encontraban en el mismo sitio. Un televisor grande y una mesa de madera para hacer los deberes era lo más sobresaliente en ese espacio dedicado al estudio. A un lado, y con suficiente claridad, la cocina y, más al fondo, el dormitorio de las muchachas: una fila de literas de hierro entre paredes adornadas con estampas de la Virgen y de Jesucristo.

Las cuidadoras tenían un dormitorio especial: Doña Rosa Quimís hacía de mamá y la señora Gloria Engracia, era su ayudante. Ambas vivían en el Hogar, mientras que María Etelvina venía todos los días a cocinar.

—¿Tú crees que algún día se termine todo esto? —le preguntaba Rosa a Gloria.

—Esto se está acabando desde hace mucho tiempo.

—Cuando esto se acabe, también lo haremos nosotras.

—Es como si dijéramos que también se termina la pobreza.

Entonces no había de qué preocuparse.

En una ocasión que no pude escapar a tiempo, me descubrieron al pie del portón. Sus rostros eran conocidos, al menos, de una.

—¿Qué desea?—me preguntó con un gesto que reflejaba una evidente molestia.

—Solo quería comprobar si todavía existían —le contesté un poco extrañado.

—¡Ah, ya sé quién es usted! —Me había reconocido y eso aumentaba mi tensión.

—Pero, para usted el Hogar de Cristo ya se terminó —me sentenció.

Eso era cierto. La ciudad se había transformando. Yo también era uno de esos seres que deambulan cuando ya su historia ha concluido y vuelve a recorrer los mismos lugares, el mismo camino que conduce al Gólgota y percibimos que aún la sangre está fresca, que el chasquido de los látigos tiene la misma furia y que, si alguien nos quiere dar la mano, lo halamos con fuerza para que también perciba el olor de la tierra castigada.

—Entonces, todavía existen.

—Sí, pero ya no es como antes.

Retrocedí para contemplar el portón negro, profundo, a la señora de mirada desconfiada cerrando a prisa, al perro ladrándome a punto de atacarme; traté de escapar para siempre de este refugio, rasgar mis vestiduras, quedarme en hilachas, castigarme en el olvido para no meterme en esas vidas que ya no me pertenecían, pues, la única historia que fue mía desapareció, pero no para siempre, les contesto para justificar mi presencia y camino a prisa por la avenida larga, que me da una perspectiva casi infinita de la vida.

En Navidad

La casa se llenaba de esperanzas. Todas en el Hogar estaban atentas a los regalos del niño Dios. La loca, como también le decían a Camila, solía rezar en voz baja para que nadie se enterara de que ella también era capaz de comunicarse con el verdadero dueño del Hogar, y lo que pedía no eran juguetes ni ropa, ella quería otra cosa, porque en algunos momentos de sus crisis, le gustaba desnudarse por completo, subirse a la parte más alta de la casa y empezar a bailar levantando las manos como queriendo tocar el cielo, hasta que aparecían las cuidadoras, especialmente la señora Califas, para bajarla a palos. Camila quería otra cosa.

—Negra loca e indecente, el diablo te va a llevar.

—El diablo eres tú —le decía y le enseñaba su cosa y su trasero, y la señora Rosa Quimís hubiera querido llamar a un exorcista a no ser porque ella misma corría al dormitorio y se tranquilizaba.

—Cochina e indecente, se hace nomás la loca —maldecía, y después la ignorabacomo a un mal sin remedio.

—Quisiera un marido —solía decir Camila a su amiga de más confianza, en sus momentos de sosiego.

Quién la iba a querer así, solían pensar las demás, aunque tenía un cuerpazo de esas morenas que bailan zambas en carnaval, un encanto para los lujuriosos.

Nancy, por su parte, que había llegado al Hogar a los diez años y ahora tenía catorce, no quería nada, solo hubiera querido saber si su papá y su mamá estaban vivos, si seguían con las mismas parejas y, lo más importante, si aún pensaban en ella.

Para ese entonces, Rosita Buenaño era la más pequeña y deseaba una muñeca de esas que hablan, caminan solas y tienen el pelo rubio. Y en una de esas navidades recibió ese regalo, aunque le faltaba un ojo y el cabello rubio estaba bastante enredado; se acostumbró a dormir con ella, hasta que la muñeca empezó a molestarla acariciándole el ombligo, luego la desechó para siempre porque tuvo vergüenza de que Fabián se enterara de que ella dormía con una muñeca y que aún se orinaba en la cama, cosa que la mayoría de las muchachas solían hacer en secreto. Y así sucedieron muchas navidades, hasta que llegaron a la conclusión de que una navidad no hubiera sido igual a otras, si el niño Dios o Papá Noel hubieran llegado a vivir para siempre con ellas.

